

to en el ejército, ahora podía hacer lo que le viniera en gana, pues sentía profunda repugnancia por todo aquello que se había visto obligado a hacer anteriormente.

Lo más precioso fué la camaradería, la fusión general de las clases; pero temo que también ésta desaparezca pronto, y apenas se notan señales de que ejerza una influencia permanente en la vida nacional inglesa después de la guerra. Quizá seamos demasiado pesimistas, pero es notable la rapidez con que los héroes de las trincheras han vuelto a convertirse en las «clases inferiores.» Las huelgas numerosas y las desaveniencias entre obreros y patronos no fortalecen la creencia de que la guerra haya producido mayor solidaridad.

No creemos tampoco que haya señales de renovación religiosa alguna, aunque la religión se interprete como separada de la iglesia. Por cuanto se refiere a la religión organizada, ésta ha perdido ya todo su poder sobre nosotros. La culpa la tienen las procesiones religiosas en el ejército, y, además, tampoco nos sentimos seduci-

dos,
ofre
día
nos
gra
la c
y a
cito
ace
que
za
Dio
sa
do
No
gui
exis
en
sigr
n
E
de
tiva
per
Se
lué
da
cas
tun